

## *FÉLIX GUATTARI Y EL ANÁLISIS INSTITUCIONAL. UNA INTRODUCCIÓN*

*Diego Abadi / Universidad de Buenos Aires*

---

El comentario del pensamiento de Félix Guattari que haremos a continuación será introductorio en varios sentidos. Según su significación más tradicional en el código académico, se tratará de una introducción, en sustantivo, mediante la cual intentaremos exponer, de un modo sencillo y económico, los conceptos de *Psicoanálisis y transversalidad* que consideramos más relevantes. Pero según otro sentido de la palabra, en tanto verbo activo y más cercano al de su uso inglés, intentaremos presentar o dar a conocer a Félix Guattari, en la medida en que este autor ha sido activamente desconocido en los ámbitos académicos y editoriales, viéndose relegado al rol de apéndice decorativo, mero nombre adosado al de Gilles Deleuze. En esa línea entonces, este trabajo es una consecuencia directa de la lectura de la biografía cruzada de Deleuze y Guattari de François Dosse, que entre sus objetivos se propone explícitamente la recuperación de la figura del segundo. Entre toda la documentación que allí se reproduce, podemos traer a colación, para dar cuenta de la preponderancia de aquel desconocimiento, unas líneas que escribe Deleuze en una carta enviada a un comentador de su obra. Dice Deleuze a Arnaud Villani en 1982:

Habría que corregir la manera en que, en las primeras páginas, usted hace abstracción de Félix. Su punto de vista es correcto, se puede hablar de mí sin hablar de Félix. Sólo que *El anti-Edipo* y *Mil Mesetas* son enteramente de Félix, como enteramente míos, según dos puntos de vista posibles. Por eso es necesario que tenga la amabilidad de señalar que si usted sólo hablar de mí es en virtud de su propio emprendimiento, y de ninguna manera en virtud de un carácter secundario u 'ocasional' de Félix (Dosse, François 2009: 647).

Pero al margen de ese pequeño acto de justicia póstuma, creemos que tal reintroducción del pensamiento guattariano puede resultar provechosa en la medida en que quizá pueda hacer inteligible algunas formulaciones de *El Anti Edipo*, y de las posteriores obras escritas en conjunto, que de lo contrario se mantendrían en el orden de lo sobreentendido. Como último sentido, además, y sumado a las recién mencionadas acepciones, intentaremos introducir a Félix Guattari y a su análisis institucional con el confesado deseo de hacer correr un poco de aire fresco en una institución que oscila, al momento de pensarse y hablar de sí misma, entre la apatía de la burocratización y el mandato paranoico de ser *sujeto* cueste lo que cueste.

Pero, y esta quizá sea una de las particularidades que hacen del pensamiento de Guattari un asunto tan interesante, en la medida en que sus conceptos son siempre el fruto de un trabajo de experimentación, un comentario introductorio de su obra parece incompleto, o quizá hasta fallido, si no hace al menos alguna mención a lo que muy elementalmente podrían denominarse como sus datos biográficos o personales. Tanto es así que, en las líneas iniciales del texto que hace de prefacio a *Psicoanálisis y transversalidad*, y antes de pasar a resumir los problemas principales de la obra en cuestión, Gilles Deleuze se ve obligado a abrir su comentario con una referencia personal. Nos ofrece así una bellísima descripción de su amigo Pierre-Félix, que, tal como se verá, resulta todo menos anecdótica:

Ocurre a veces –dice Deleuze–, que el militante político y el psicoanalista se dan en la misma persona y que, en vez de permanecer separados, encontrando todo tipo de justificaciones para permanecer separados, no dejan de mezclarse, de interferirse, de comunicarse, de tomarse el uno por el otro. (...) Guattari encarna, de la forma más natural, los dos aspectos de un anti-Yo: por un lado, una cabeza catatónica, cuerpo ciego y endurecido que se impregna de muerte en cuanto se quita sus anteojos; por otro lado, con un brillo de mil fuegos, pleno de vidas múltiples, apenas mira, actúa, ríe, piensa y ataca. Por eso se llama Pierre y Félix: potencias esquizofrénicas (Guattari, Félix 1976: 9).

Aprovechemos entonces el envión que nos brinda la descripción de Deleuze para, recuperando algunos datos biográficos muy generales, dar un poco más de cuerpo a esa peculiar coexistencia entre el militante y el psicoanalista que no sólo define a Félix Guattari, sino que también se expresa, con gran claridad y potencia, en *Psicoanálisis y transversalidad*. Si bien Guattari inicia, presionado por el mandato familiar, estudios de farmacia que rápidamente abandona para estudiar filosofía, los dos ámbitos más importantes en su recorrido formativo son la fábrica y el hospital psiquiátrico. En cuanto a lo primero, ya de muy joven Guattari se une a la agrupación sindical compuesta por los trabajadores de la Hispano-Suiza, fábrica productora de autos de lujo y motores de aviación. Los Jóvenes de la Hispano –así se llamaba la agrupación liderada por el militante Raymond Petit, comunista libertario del PCF– organizan todo tipo de actividades para los jóvenes obreros (grupos de estudio, salidas a museos, partidos de volley, cursos de canto, etc.), entre las que se destacan las vacaciones en la red de los Albergues para la Juventud. En ese ambiente juvenil de cooperación, trabajo y vida comunitaria, y como una de las figuras más relevantes de los Albergues, Guattari se forja como militante. De allí en adelante, nunca cesará en su actividad militante, pasando –y dejando siempre algo en funcionamiento tras su partida–, entre muchos otros grupos, por el trotskismo, el entrismo y la oposición de izquierda. En cuanto a lo segundo, el hospital

psiquiátrico, Guattari se “desvía” de sus estudios en filosofía para desembocar en el seminario de Lacan y transformarse, ya desde principio de los años 50 y antes de la impresionante explosión que este tendrá más adelante en el mundo intelectual parisino, en un especialista en Lacan. “En esta época de La Sorbona me llamaban ‘Lacan’ –dice Guattari en una entrevista– (...) Molestaba a todo el mundo con Lacan” (Dosse, François 2009: 54). Pero su experiencia terapéutica no se limita a la asistencia al seminario. En esos años también ingresa a la clínica psiquiátrica de La Borde, ubicada en un castillo entre 18 hectáreas de bosque, para transformarse en la mano derecha de su fundador y director, Jean Oury. De allí en adelante y durante unos veinte años, instalado en el castillo o en las zonas aledañas, la vida entera de Guattari pasará por La Borde.

Hecho ese rodeo necesario, podemos abordar de una manera menos abstracta el texto que nos interesa trabajar. *Psicoanálisis y transversalidad* es una obra heterogénea por varias razones. En un sentido, lo es en la medida en que compila artículos escritos durante un lapso temporal de quince años –del 55 al 70–. En otro sentido, lo es también por el hecho de que esos artículos son, entre sí, tanto formal como temáticamente distintos. En cuanto a lo formal, nos encontramos en *Psicoanálisis y transversalidad* con comunicaciones dirigidas al grupo de trabajo de La Borde, con conferencias que tuvieron lugar en medios universitarios, y con artículos aparecidos en diarios o en revistas especializadas. En cuanto a lo temático, hay dos focos bien precisos: la política y el psicoanálisis. Simplificando un poco –o quizá demasiado– la relación entre aquellos dos focos temáticos, podría distinguirse un despliegue conceptual que tiene como punto de partida a La Borde y a la reflexión más cercana a la terapéutica, y que con el correr del tiempo va ampliándose y traduciendo sus conceptos a la esfera de la praxis política, para encontrar en mayo del 68 un acontecimiento que pone a prueba y revitaliza aquellas reflexiones. Si pensamos al esquizoanálisis como el resultado de ese replanteo y del encuentro con Deleuze, podríamos identificar en *Psicoanálisis y transversalidad* dos pasajes o dos relevos. Uno consumado, el que conduce de la psicoterapia institucional al análisis institucional, y otro en proceso de gestación, el del esquizoanálisis, requerido en el texto en el punto en el que se empieza a producir el alejamiento del vocabulario y de la matriz conceptual lacaniana. Entre toda esa multiplicidad, entonces, se destacan los dos polos temáticos que representan el psicoanálisis y la política, y aquello que los articula es el problema de la subjetividad, replanteado desde la perspectiva de la subjetividad de grupo. Así, a través del desarrollo de este último concepto –el de la subjetividad como subjetividad de grupo– intentaremos mostrar de qué tipo es aquella conexión esencial que hay en el trabajo de Guattari entre el análisis y la militancia. A fin de

ordenar ese desarrollo, intentaremos exponerlo bajo la forma de una respuesta a la siguiente pregunta: ¿por qué un grupo de análisis es un grupo militante?, ¿por qué un grupo militante es un grupo de análisis?

Para responder a esta cuestión, es necesario dar algunas nociones básicas de aquello que, como ya mencionamos, en una primera instancia se llamó psicoterapia institucional para posteriormente ser rebautizado como análisis institucional por Guattari. Tal como lo relata este último, el origen de la psicoterapia institucional puede remontarse a la fundación del hospital psiquiátrico de Saint-Alban –dirigido por François Tosquelles– en el período que precedió a la Liberación. Allí se encontraron dos flujos que permitieron abordar el problema del hospital psiquiátrico bajo una perspectiva nueva. Al hecho de que los enfermeros y psiquiatras que volvían de los campos de prisioneros y de los campos de concentración se negaban a soportar una institución concentracionaria, se sumó la circunstancia de que una institución de tales características resultó ideal para transformarse en refugio de los resistentes de la guerra, albergando a todo tipo de intelectuales, militantes y artistas fuertemente influidos por el surrealismo, el marxismo y el freudismo. Gracias a ello nació, tal como lo dice Guattari, “un nuevo modo de acceso militante a la enfermedad mental” (Guattari, Félix 1976: 56). “La consigna propuesta –continúa Guattari– era que antes de emprender cualquier cura individual había que ¡cuidar el cuartel! (...) No se puede pensar en una cura psicoterapéutica para los enfermos graves sin tener en cuenta el análisis de la institución” (Guattari, Félix 1976: 57).

El cuestionamiento metodológico del que parte la psicoterapia institucional apunta entonces a rechazar la posibilidad de un acceso directo al individuo, haciendo de esta corriente terapéutica una especie opuesta tanto a una psicología de la adaptación, que podría obtener resultados sobre los individuos pero sin alcanzar verdaderamente el registro del sujeto, como a la antipsiquiatría, que aun desde una perspectiva aparentemente antagónica, recae en el mismo desconocimiento, en la medida en que identifica sin más la alienación mental a la alienación social, suprimiendo así la especificidad de la locura. Pero resulta necesario precisar, para comprender en qué sentido la psicoterapia institucional no se dirige ni al individuo ni a lo social en cuanto horizonte abstracto, a qué se refiere Guattari cuando habla del sujeto. El sujeto, por sobre todas las cosas, no debe ser identificado al Yo, ni por lo tanto, a lo que se comprende como sujeto moderno. Sujeto egológico, bajo esta formulación, sería sencillamente un sintagma contradictorio. La noción que utiliza Guattari es en cambio extraída de la matriz de pensamiento lacaniana, que a contramano de la tradición filosófica, hace del

sujeto el sujeto del inconsciente o el sujeto del deseo. Nos encontramos entonces con una distinción clave para poder pensar todos los fenómenos de subjetividad de grupo:

más allá del Yo –dice Guattari– el sujeto estalla por los cuatro puntos del universo histórico; el delirante se pone a hablar lenguas extranjeras, alucina la historia: los conflictos de clase, las guerras, se convierten en instrumentos de la expresión de sí mismo (Guattari, Félix 1976: 181).

Reformulación de la noción de sujeto que sin embargo no significa sin más la disolución del Yo; éste último, en tanto imagen, queda comprendido como una función del registro imaginario, y hereda algunas de las notas fundamentales de la concepción moderna del sujeto. Se establece como el lugar de la certeza, pero al precio de, como una suerte de Midas, totalizar en imágenes todo lo que refleja.

Es justamente por esta falta de reflejo certero y por aquella no-individualidad del sujeto, en tanto que *locus* del deseo, que Guattari afirma:

El acceso a los deseos fundamentales implica ciertos rodeos, ciertas mediaciones. Allí es donde introducimos esta noción de ‘institucionalización’, este problema de la producción de instituciones: ¿quién produce la institución y articula sus subconjuntos? ¿Existe algún modo de influir en esta producción? (Guattari, Félix 1976: 58)

Pero, continúa Guattari, problematizando a renglón seguido la noción de institucionalización que viene de introducir:

La habitual proliferación de instituciones en la sociedad contemporánea no desemboca sino en el reforzamiento de la alienación del individuo: ¿Existe la posibilidad de que se produzca una transferencia de responsabilidad, y que al burocratismo suceda una creatividad institucional? (Guattari, Félix 1976: 58)

Para dejar de lado el burocratismo y pasar al nivel de la creatividad institucional, es necesario entonces “dar la palabra al objeto que se quiere estudiar” (Guattari, Félix 1976: 58), siendo “el objeto”, aquí, la institución. Una institución burocrática es pues un objeto reificado, mientras que para no serlo debe tener medios de expresión y de comunicación. Ahora bien, ¿cómo puede dársele la palabra a una institución, cuáles serían sus medios de expresión?

Para abordar esa cuestión es necesario retomar el problema de la subjetividad. Si Guattari enfocaba dicho problema desde una perspectiva que pretendía no ser ni individual ni general-abstracta, la introducción del concepto de institución le permite encontrar ese otro emplazamiento para la subjetividad, a saber, la subjetividad de grupo. Así, el grupo será la

expresión subjetiva de la institución tanto como la institución será la expresión objetiva del grupo. La distinción esbozada más arriba –desde la perspectiva objetiva– entre instituciones burocráticas y alienantes e instituciones transversales o creativas, tiene su paralelo, desde el enfoque subjetivo, en los grupos-sometidos y los grupos-sujeto. Es a través de esta última perspectiva, y con esta distinción que de hecho se mantendrá presente en *El Anti Edipo*, que Guattari trabaja todo a lo largo del texto.

Cada vez que se hace una caracterización de estos dos tipos de grupos, se aclara en el texto que no se trata de dos cosas en sí, mutuamente excluyentes. Ellos refieren, por el contrario, a distintos aspectos que pueden expresar los grupos. Así, un grupo sometido puede, en ciertas circunstancias, transformarse en un grupo sujeto, convirtiéndose “como a su pesar en el sujeto de la enunciación de una lucha revolucionaria, el ‘portavoz’ de un discurso que no es el suyo” (Guattari, Félix 1976: 71), tanto como un grupo sujeto puede convertirse en un grupo sometido. Para ejemplificar ambos pasajes, Guattari menciona el posible caso de un partido antiguamente revolucionario y actualmente sometido al orden dominante que, en determinadas circunstancias, pueda cumplir una función revolucionaria para posteriormente volver a la normalidad.

Volviendo así a la pregunta por los medios de expresión que había quedado planteada, pero ahora desde la perspectiva de los grupos, Guattari dice: “Podríamos decir del grupo-sujeto que enuncia algo, mientras que para el grupo sometido, ‘su causa es oída’. Oída no se sabe dónde ni por quién, en una cadena serial indefinida” (Guattari, Félix 1976: 96). Al transformarse en agente colectivo de enunciación, un grupo deja de hacer un uso reproductivo de los significantes y sus consiguientes significados. Esta producción significativa, por su parte, implica el rechazo a la adaptación a leyes externas al grupo, fundándose el grupo-sujeto “a partir de la asunción de una ley interna” (Guattari, Félix 1976: 59). Pero hacer un uso no reproductor de la palabra implica un compromiso esencial con la finitud y el sin-sentido:

se ponen en ejecución procesos que, de inmediato, implican para tales grupos la aceptación del principio de su finitud y de su disolución (...). La iniciación militante es la aceptación de la finitud de toda empresa humana, la ausencia de toda garantía trascendental, la muerte de Dios y no ya la muerte culpabilizante del padre y su sanción castradora en la iniciación edipiana (Guattari, Félix 1976: 62).

Los grupos sometidos, en cambio, se repliegan sobre sí mismos con el objetivo de protegerse del sin-sentido y la finitud. Para ello, llevan a cabo una proyección que garantiza que estos sean sentidos como proviniendo del exterior. Así, se producen una “especie de falsas

ventanas que son los fantasmas de grupo” (Guattari, Félix 1976: 71). En estos grupos los individuos persisten en desconocer que los fantasmas de grupo son exclusivamente simbólicos, es decir, que dependen de un rol, que se abre desde el grupo al conjunto de la sociedad, percibiéndolos como fantasmas imaginarios e individuales.

En este tipo de grupo –dice Guattari–, estamos pues comprometidos en la lucha perpetua contra toda inscripción posible del sin-sentido: los diferentes roles están cosificados, falicizados al modo del jefe o al modo de la exclusión. Se está en el grupo para negar colectivamente el hacer frente a la nada, a la significación última de las empresas en las cuales estamos comprometidos. Es un sindicato de defensa mutua, un *lobby* contra la soledad, contra todo lo que podría ser señalado por un carácter trascendental (Guattari, Félix 1976: 71).

En el grupo sujeto no se dispone de aquellos medios de seguridad. Se está siempre amenazado de ser consumido por problemas, tensiones, luchas internas y riesgos de escisión, justamente por la apertura del grupo hacia otros grupos. Así pues, “la vocación del grupo-sujeto a tomar la palabra tiende a comprometer el status y la seguridad de los miembros del grupo” (Guattari, Félix 1976: 71). “Estamos en el grupo no para escondernos del deseo y de la muerte, comprometidos en un proceso colectivo de obsesionamiento, sino en razón de un problema particular, no para la eternidad, sino a título transitorio” (Guattari, Félix 1976: 72). Vale aclarar, por cierto, que los grupos sujeto también tienen un tipo de locura o alienación específica: se trata de

una crispación paranoica [que] sustituye a esta vocación de ser sujeto: el grupo querrá cueste lo que cueste ser sujeto, comprendido en el lugar del otro, y así recaerá en la peor alienación, la que está en el origen de todos los mecanismos compulsionales y mortíferos que conocemos en las pequeñas camarillas religiosas, literarias o revolucionarias (Guattari, Félix 1976: 72).

Hecha esta breve caracterización de los grupos sujeto y los grupos sometidos, estamos pues en condiciones de responder al interrogante que habíamos dejado planteado: ¿por qué un grupo de análisis es un grupo militante?, ¿por qué un grupo militante es un grupo de análisis? O, reformulado según las nuevas coordenadas: ¿por qué un grupo sujeto es analizador y militante? Lo que un grupo sujeto produce, en tanto agente colectivo de enunciación, es denominado por Guattari como corte subjetivo, es decir, un desplazamiento en el efecto de subjetividad. Al interior del grupo, esto conduce a problematizar los roles, modificándose el superyó grupal y atenuando así el dominio del superyó individual. Si este

último dictaba a cada individuo aquello que podía o no hacerse en un sentido normativo, al reducir su injerencia, los grupos sujeto amplían el margen de lo posible:

Toda la finitud de la historia está en su horizonte, todo es posible –dice Guattari–, incluso si en realidad el universo permanece opaco. Es algo por el estilo lo que se observa en la pedagogía institucional y en la psicoterapia institucional. Aun en situaciones imposibles, que están bloqueadas, uno se esfuerza en manipular los engranajes institucionales, de intervenir en este o aquél de estos elementos; las instituciones adquieren una especie de plasticidad (Guattari, Félix 1976: 183).

Pero, para que tales efectos analíticos tengan lugar no alcanza con que el grupo tenga a la historia en su horizonte. Estos sólo se conseguirán en cuanto el grupo logre efectivamente producir nuevos significantes. Así, el corte subjetivo no se limita a generar efectos en los individuos del grupo, sino que es, sobre todo, un corte en el registro significativo, y con ello, una alteración de aquella historia imaginaria del significado, la reproducción y la muerte, que Guattari denomina historia-desarrollo. Y es fundamental resaltar que, con las nociones de corte significativo o de agente colectivo de enunciación, Guattari no se refiere exclusivamente a la esfera de lo lingüístico, sino a inscripciones que se efectúan “en lo real mismo”, produciendo acontecimientos y haciendo surgir al sujeto allí donde anteriormente sólo había un Yo imaginario, sometido al significado.

Esto es la revolución, la historia verdadera –dice Guattari–. Ha ocurrido algo. Cualquiera que hubiese llegado a Rusia en 1916 y que la dejara en 1918 advertiría que la gente no está en el mismo lugar. Esto se lee en el significado. Los periodistas escribirán, por ejemplo, que ‘en los hipódromos ya no se ve a nadie’, que ‘el Palacio de Invierno no tiene el mismo aspecto’..., pero no se trata de eso: lo que ha cambiado completamente es el sentido de todas las significaciones, es decir algo que se ha producido en el significante (Guattari, Félix 1976: 206).

### **Bibliografía**

Dosse, F. (2009 [2007]). *Gilles Deleuze y Félix Guattari: biografía cruzada*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Guattari, F. (1976 [1972]). *Psicoanálisis y transversalidad*. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores.